

PALABRAS

*Quiero papel, por favor
por favor, quiero papel
porque estas palabras mías
van a marcharse
se marcharán por su cuenta
se perderán entre la gente.*

*Quiero papel, por favor
por favor, quiero papel
agarraré estas palabras
y las envolveré
donde no puedan marcharse,
deslizarse por el borde
y abogarse.*

ME ESTABA CONVIRTIENDO EN UNA PEQUEÑA ladrona, siempre robando trozos de papel. A veces eran las bolsas de papel en las que papi traía a casa sus botellas de ron. A veces eran servilletas o el papel gris que los dependientes empleaban para envolver cosas. Pero lo que yo más quería en el mundo era tener un cuaderno de mi propiedad. Un cuaderno donde escribir "Poemas, por Ana Rosa Hernández" en la primera página y entonces llenarlo con palabras, con largas palabras, con palabras cortas, con palabras que olieran y supieran y se percibieran como nuevas.

Pero el único cuaderno que tenía era para la escuela. Mami me había dicho que un cuaderno costaba 40 pesos: un montón de dinero, el equivalente a dos comidas completas para nuestra familia. Cuántas botellas de ron podía comprarse papi con 40 pesos, me pregunté. Mi hermano Guario tenía un cuaderno. Estaba lleno de blancas páginas vacías que esperaban las palabras. Una vez le pregunté:

—Guario, ¿podrías darme tu cuaderno para escribir mis poemas en él?

Movió la cabeza y respondió:

—Es para trabajar, cara, lo siento, pero puedes recibirme tus poemas siempre que quieras.

Levanté la cabeza hacia mi hermano mayor y sonreí. Guario trabajaba de camarero en un restaurante cerca de la playa. Todo el mundo sabía que Guario tenía uno de los mejores trabajos del pueblo porque era muy bien parecido. A los turistas les gustaba verlo sonreír y hablar con él cuando le pedían la comida. Las muchachas de países fríos y lejanos se enamoraban siempre de mi hermano. Le tocaban su oscuro cabello rizado y escuchaban cómo les decía «mi amor».

Un viernes por la noche Guario salió a toda prisa a casa de su mejor amigo, Ángel. Iban a un club a bailar bachatas y Guario dejó su cuaderno sobre la mesa. Yo estaba sola en la casa. Miami había salido a visitar a una vecina y papi había bajado al colmado a jugar dominó. No tenía ni idea de lo que había sido de Roberto y Ángela. Súbitamente un soplo de brisa se coló por la casa y agitó las hojas del cuaderno de Guario. Las páginas vacías que el viento separaba me mostraban todos los maravillosos espacios blancos que esperaban por mis palabras. Tal vez podría escribir unas pocas páginas y arrancárselas, pensé. Guario nunca se daría cuenta. Cogí un lápiz y miré alrededor mío: estaba sola.

Así que empecé a escribir primero una página, luego otra y otra más. Paré cuando había llenado cinco

páginas con palabras sobre el monte Isabel de Torres y la playa de Sosúa, que me encantaban. Escribí sobre los niños y sobre cómo trepaba a mi árbol gri gri favorito. Escribí un poema sobre Ángela, mi preciosa y tonta hermana mayor, que no sabía hacer otra cosa que sonreír a los hombres que pasaban por nuestra galería, y escribí también sobre mi hermano Roberto, que trabajaba muy duro bajo el sol alquilando sillas a los turistas. De repente me quedé a oscuras: era otro apagón. Una buena cosa, por otra parte, porque si no, no habría podido dejar de escribir.

Arranqué las hojas cuidadosamente y me las metí en el bolsillo. Fui a sentarme en la galería a mirar cómo el cielo llenaba su inmensidad azul con rosas y naranjas y un profundo púrpura. La oscuridad completa lo cubría todo. Además de la oscuridad me rodeaba el silencio, porque las radios de los vecinos habían dejado de transmitir sus ruidosos merengues.

Sagué las páginas de mi bolsillo; dos más, pensé. Nadie sabría nada. Volví de puntillas al interior y encendí una vela. Me senté a la mesa y escribí a su titilante luz. Escribí página tras página hasta que no quedaron más páginas vacías en el cuaderno de Guario.

Entonces oí un ruido.

—¿Ana Rosa, estás ahí?
Era mami. Di un salto y guardé el cuaderno en el bolsillo.

—Sí, mami. Aquí estoy.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —preguntó.

—¡Nada, mami, nada! —dije en voz alta para alejar los escalofríos que recorrían mi cuerpo.

Mami se dirigió donde yo estaba y me puso una mano bajo la barbilla, inclinó mi cabeza hacia la luz de la vela y me miró a los ojos:

—¿Estás segura? —preguntó.

Hice un gesto de asentimiento mientras tragaba saliva. Puse la mano sobre el cuaderno de mi bolsillo y salí del cuarto. Entré en el dormitorio que compartía con Ángela y me senté sobre la cama con la mano en el bolsillo ocultando mi secreto. Finalmente, escondí el cuaderno bajo el delgado colchón, poniéndolo tan cerca de mi lado como pude.

Al día siguiente, todos los miembros de la familia buscaban el cuaderno. Guario gritaba que lo despedían, lo que hizo que papi se asustara mucho. Aunque papi siempre juraba que si dejaba su silla en la galería durante las horas de calor del día sufriría un ataque, también ayudaba a buscar el cuaderno.

La casa era como un manicomio: papi, Guario, Roberto y Ángela, mis primos pequeños y todo el mundo tiraban todo por la puerta en una búsqueda frenética. Sillas, una radio, botellas de ron vacías, periódicos viejos, ropa, nuestros dos perros, unas gallinas que había por allí que picaban a esto y a lo otro... todo salió volando al patio abandonado.

Desde luego yo sabía bien dónde estaba el cuaderno —debajo del colchón— pero me sentía demasiado asustaba para decirlo. Fingí que buscaba por la casa. Entonces me metí en la cocina donde mami escurría la masa para hacer empanadas.

—Mami —dije nerviosamente—, todo el mundo busca el cuaderno de Guario.

Mami hizo un gesto de asentimiento con la cabeza pero no levantó la vista. Pasó por lo menos un minuto antes de que dijera:

—Aparecerá cuando tenga que aparecer.

En ese momento supe que lo sabía. Esperé sus gritos, pero mami siguió espolvoreando harina y amasando la mezcla. Realmente no entendía a mami en absoluto.

Me metí en el cuarto y deslicé la mano debajo del colchón. Allí estaba el cuaderno.

Me senté en el suelo moriéndome las uñas. Guario

me había preguntado dos veces si había visto su cuaderno y yo le había contestado que no.

No pude evitar el rápido “¡no!” que salió de mi boca. Quería decirle la verdad, pero mi boca era incapaz de decir ninguna otra cosa.

—¿Pero qué haces sentada ahí? —preguntó Ángela, que entraba en el cuarto. Tiró las almohadas al suelo y empezó a levantar las sábanas de la cama.

—Ya he mirado ahí —dije rápidamente antes de que decidiera darle la vuelta al colchón.

Mi corazón latía cada vez más rápido mientras los gritos de Guario llenaban todos los rincones de la casa. Papi maldecía y Roberto y Ángela corrían de un lado para otro con la preocupación reflejada en sus rostros. Había un horrible miedo en el aire, miedo a lo que ocurriría si Guario perdía su trabajo. No había manera en el mundo de que yo pudiera devolver ese cuaderno ahora que cada una de sus páginas estaba llena con mis descuidadas palabras.

Entonces oímos la voz de mami:

—El almuerzo está listo: vengán a comer. Y dejen de hacer tanto lío por ese cuaderno.

El severo sonido me cubrió como la dulce oscuridad de la noche. Mami lo sabía y no iba a decirlo.

Bueno, no importa lo que suceda en nuestra familia, siempre escuchamos a mami. Así que, cuando mami nos llamó para almorzar, dejamos nuestra frenética búsqueda y nos sentamos a la mesa. Papi dijo las oraciones y mami nos llenó los platos con habichuelas rojas, arroz y crujientes empanadas doradas rellenas de pollo y especias. Había también grandes vasos de jugo de lima con preciosos cubitos de hielo. Fue uno de los mejores almuerzos que recuerdo: podría haberse servido en una fiesta.

Era como si mami hubiera preparado esta comida especial con el propósito de distraer a la familia. Y lo consiguió. Después, todos nos echamos hacia atrás en nuestras sillas, repletos y relajados, como si las empanadas pudieran lograr que el aspecto del mundo mejorara y las habichuelas rojas y el arroz consiguieran espantar las penas.

Hablamos de dónde podría estar el cuaderno y lo que le podía haber ocurrido. Papi había dejado de maldecir y Guario ya no gritaba. Finalmente papi buscó en su bolsillo y sacó algunos pesos, que puso sobre la mesa. Mami entonces introdujo una mano en el fondo del bolsillo de su vestido y puso otros cuantos pesos en la mesa. Roberto dio un salto, fue a la cocina y volvió con unos pesos más que puso sobre los de papi y mami.

Guario estaba sorprendido y noté que los ojos se le enrojecían como si estuviera intentando no llorar. Pero eso no podía ser posible: jamás había visto llorar a Guario en mi vida. Guario tenía 19 años y era mi hermano mayor, fuerte y grande, que se encargaba de todo. Mami lo llamaba Jefe cuando papi no estaba cerca: y eso era lo que Guario era, el jefe. Tenía dos trabajos, compraba la comida y arreglaba todo lo que necesitaba ser arreglado. Siempre estaba serio.

—Toma —dijo papi, empujando los pesos hacia Guario—; toma esto y cómprate un cuaderno nuevo para trabajar.

Guario asintió con la cabeza y se levantó. Rodeó la mesa y besó a mami en la mejilla. Inmediatamente salió de la casa y se fue a trabajar.

Contemplé la ancha espalda de Guario que se alejaba cada vez más de nosotros. Cuando me volví, mami levantó las cejas mirándome como si me dijera «¿qué esperas?». Me levanté de un salto y corrí detrás de Guario. Estaba en la esquina esperando que un ruidoso *motoconcho* lo llevara al trabajo.

—¡Guario! —grité.

Mi hermano se dio la vuelta. Me precipité hacia él y rodeé su cintura con mis brazos.

Su mano acarició mi cola de caballo.

—Yo cogí tu cuaderno —susurré en su camisa—. Lo siento.

Guario siguió acariciándome el pelo. Después de un rato dijo:

—Sé lo que se siente.

—¿Cómo se siente qué? —pregunté.

—Querer tantísimo algo.

—¿Qué has querido tú tanto? —pregunté, levantando la vista hacia él.

—Un futuro —respondió. Y entonces vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. No era la primera vez que oía a Guario hablar sobre querer un futuro, sólo que nunca le presté atención. Pero al estar allí mismo en ese momento oyéndolo y mirándolo, el mundo entero osciló por primera vez del *yo yo yo* a otro ser: mi hermano mayor.

Guario y yo nos quedamos de pie en la esquina abrazados mientras todos los motoconchos pasaban haciendo sonar sus bocinas. Fue la primera vez que supe que las palabras no lo pueden decir todo.